

Mas del mal contra el ultraje
En cuanto la tierra abarca,
Cada ser en su lenguaje
Viene á rendirte homenaje
Como á altísimo monarca.

Cuando en tu trémula mano
Del dolor el arpa vibra,
Como en eco soberano
Suena del llanto la fibra
En el corazón humano.

Oh! vate, loado seas;
Esa corona de espinas
Que por el mundo paseas,
Es cerco de peregrinas
Constelaciones de ideas!

¡Flores ante tí derramen
Mientras tu numen aclamen
Y por seguirte se empeñen,
Todas las almas que sueñen,
Todos los pechos que amen!

LA SERENATA DE SCHUBERT

A Margarita Welser de López-Portillo.

Alza, mi bien, el inspirado canto,
Ansia y suspiro de tu pecho tierno,
Y hazme caer en el sublime encanto
Del infinito amor y el goce eterno.

Esa canción tan pura y melodiosa
Que amas tanto, mi bien, no es de este suelo;
Es ráfaga sagrada y misteriosa,
Eco ideal de cítaras del cielo.

Ofla en sueños, y dejó en mi oído,
De mística emoción rastro profundo:
Es casto y sobrehumano ese sonido,
Pertenece del éxtasis al mundo.

Todo en torno á soñar y amar convida:
La noche está serena y silenciosa,
Y vuela por los cielos sin medida
La blanca luna como casta diosa.

Todo duerme en redor y todo calla,
Los placeres, las quejas y la ira,
Como tras larga y hórrida batalla,
Cesa la lucha y el fragor espira.

Somos dueños del mundo. Los mortales
Solos con nuestros éxtasis nos dejan,
Y la luz de los faros celestiales
Nomás en nuestras frentes se reflejan.

¡Cómo se ensancha el corazón opreso
En esta bella soledad bendita,
Y arrobado en purísimo embeleso
Con júbilo inmortal salta y palpita!

¡Eterna juventud de los espacios,
De la inmensa creación resplandeciente,
Eleva nuestra vida á tus palacios,
Revive con tu sopló nuestra mente!

Este mundo tan grande y tan hermoso
Que quisiera abarcar mi ardiente empeño,
Lleva en su seno blanco y luminoso
El genio silencioso del ensueño.

¿Qué me dicen tus notas, amor mío?

¿Qué lenguaje me hablan? ¿qué me ofrecen,
Que me sumen en dulce desvarío
Y mis fieros dolores adormecen?

Al oírte cantar, en la alma siento
Cual nacimiento de alas vagarosas,
Que al moverse en el ancho firmamento
Me levantan á alturas misteriosas.

¿Por qué cantas así? ¿quién te ha enseñado
A interpretar cantando el ansia arcana
De un ideal purísimo y soñado
Que agita el fondo de la mente humana?

¿Cómo has podido dar nota y acento
Del corazón á la cadencia interna,
Con que desde lo ignoto el pensamiento
Himnos eleva á la belleza eterna?

Eres una iniciada: entre los dones
Que del cielo trajiste á la existencia,
Cuentas tu canto de divinos sonos,
Eco y anuncio de inmortal cadencia.

Eres la maga de mis sueños de oro
A cuya voz de celestial prestigio,
De mis ensueños el luciente coro
Me circunda en espléndido prodigio.

El eco musical que dulce vibra,
Al mundo de la dicha mi alma lanza,

Y agita en mí la enmudecida fibra
De la fé, la ilusión y la esperanza.

Sutil respiro celestial ambiente
Como brisa de altura inaccesible,
Y vislumbro en los limbos de la mente
Alborear la luz de lo invisible.

Evocan esos mágicos sonidos
De la sombra á los genios taciturnos,
Y traducen vibrando en mis oídos
De los silfos los cánticos nocturnos.

Poblado el mundo está, seres alados
Invisibles do quier bullen y giran,
Y á nuestro oído, de piedad tocados,
Frasas sin voz suavísimas suspiran.

La gama del amor sólo atesora
El eco de esas dulces vibraciones,
Su voz, como á los pájaros la aurora,
Despierta las dormidas ilusiones.

Sólo quien no ama inspiración no siente,
Mas quien alberga amor en la alma inquieta,
Un númen celestial lleva en la mente
Y es músico, es artista y es poeta

Tu voz es como lánguido suspiro
Que contesta de mi alma al tierno arrullo
Me sientes á tu lado y yo te inspiro
¡Déjame enloquecer con este orgullo!

¡Cuál quisiera robarle el dulce acento
Al alado cantor de la espesura,
Para expresar mi tierno sentimiento
Uniendo mi canción á tu voz pura!

Empero el himno de mi amor inmenso
Acompaña tu voz, bien de mi vida,
Nota que asciende, apasionado incienso
Que se eleva del alma estremecida.

Ven, reclina tu lánguida cabeza
En este pecho que por tí palpita:
Soñemos con un cielo de pureza,
Con una dicha excelsa é infinita.

Oye con cuanto afán respira el seno
Y cómo, de tus notas al reclamo,
Todo cuanto hay en mí de alzado y bueno
Te hace coro y te dice: "yo te amo."

Compañera de mi alma embelesada,
Amor mío, tú me alzas de este suelo,
Y me llevas con ala desplegada
Por el zafir del insondable cielo.

¡Ojalá nuestras almas circuidas
De estrellas, y con cándido ropaje,
Prosigan en las cimas, siempre unidas,
El infinito y luminoso viaje!

VOCES INTERIORES

Entre el clamor inmenso del combate
Con que el rudo existir asorda al viento,
Vive del ideal mi pensamiento,
Mi corazón por la grandeza late.

Levántase mi frente soñadora
Sobre el tumulto de la triste vida,
De ilusiones eternas circuida
E iluminada por fulgor de aurora.

Mi pupila se abisma en lontananza
Donde la noche espesa sus capuces,
Y al través de la sombra, ve las luces
Que vierte en lo infinito la esperanza.

Oye el alma, apartada de la lucha,
De las cimas bajar plácidos sonos,

Y el aullido feroz de las pasiones
No comprende en sus éxtasis ni escucha.

No hay en mi duelo rabia ni despecho,
Ayes, y no amenazas, brota el labio;
No se encuentra de hiel ningún resabio
Para nadie en el fondo de mi pecho.

Ignoro lo que son odio y encono,
Contra nadie venganza yo reclamo,
A ninguno maldigo, á todos amo,
A los que mal me hicieron, les perdono.

¡Piedad sublime que á secar el llanto
Llevas las almas con celeste empeño,
Oh! musa protectora del pequeño,
Mi pecho te es deudor de un fuego santo!

Siente mi corazón dolor tremendo
Al oír del feliz las carcajadas,
Cuando manos sin fin, enclavijadas,
Se alzan al cielo compasión pidiendo.

Mi alma en el llanto universal se baña,
Para todo dolor tiene una queja:
De los que suben al Tabor se aleja
Y á los que van al Gólgota acompaña.

Ah! los cielos de Dios me son testigos
De que á vuestros lamentos hago coro,
Y de que os amo y con vosotros lloro,
Oh! huérfanos, oh! viudas, oh! mendigos!

Constante expectación es mi existencia
Y un infinito anhelo mi destino;
Quiero cruzar de prisa mi camino
Porque le halla muy largo mi impaciencia.

Soñando siempre celestiales galas,
Aborrezco del mundo la miseria,
Y sobre el torpe afán de la materia,
Rumor escucho de invisibles alas.

Todo cede en redor y se derrumba
En este mundo de sin par tristeza,
Todo es mezquino aquí, sólo hay grandeza
En esos ideales de ultratumba.

Suplicantes á Dios alzo las manos
En mi fortuna próspera ó contraria,
A todos abarcando en mi plegaria
Oh! amigos y enemigos, mis hermanos!

Paz, amor, esperanza, bellos nombres
Que me hablais de una patria vislumbrada,
Haced que llegue al fin de mi jornada
Sin ser azote de los otros hombres.

Dejadme realizar mis ilusiones
De vivir en sosiego, aunque olvidado,
Y bajar á la tumba acompañado
De lágrimas y santas bendiciones!

VICTOR HUGO EN EL PANTEON

Voici qu'un nouveau dieu monte au
fronton du temple:
Regarde peuple, et toi, froide histori-
re, contemple.

VICTOR HUGO.
("Les Chatiments.")

No pareció bastante
Arrebatár sus fénebres despojos
A la piedad humilde y suplicante,
Ni exhibirle del público á los ojos
En teatral catafalco.

Noche y día
Insepulto se vió, quedó sujeto
A servir como pasto y triste objeto
A la curiosidad gastada y fría.
Bajo el marco imponente de granito

Del Arco de la Estrella prodigioso,
 Más mísero y pequeño se miraba
 Su cadáver inmóvil y marchito:
 En el hueco gigante del coloso,
 Su mezquindad mortuoria resaltaba.
 Contrariando del cuadro el bello efecto
 Semejaba, perdido y agobiado,
 Como amarillo insecto
 De pompas irrisorias rodeado.

Hachas sin fin en torno llameaban,
 Velaban en redor los coraceros,
 Y en sus limpios aceros
 Torrentes de esplendor se reflejaban.
 En la avenida extensa
 De los Eliseos Campos, no cabía
 La muchedumbre inmensa
 Que á ver la apoteosis acudía.
 Y allá bajo el famoso monumento,
 La cara macilenta al cielo vuelta,
 La blanca barba indómita, revuelta,
 Hundido el ojo, el tinte amarillento,
 Sufrir aquel difunto parecía!
 Su demacrada faz triste y sombría,
 Era como patética protesta
 Contra la esplendidez de aquella fiesta.
 No bastaron su gloria y su renombre
 Para realzar el cuadro funerario:

En aquel escenario
 Lástima sólo daba el grande hombre.

¡Y esa profanación lúgubre y fría
 No pareció bastante todavía!

De la iglesia en el místico recinto,
 Rodaron las imágenes sagradas
 Rotas y destrozadas,
 Despeñadas de lo alto de su plinto;
 El ara sacra donde día á día
 La pasión del Calvario renacía,
 De escombros en montón se vió trocada:
 En fragmentos al suelo derribada
 Fué la Cruz redentora;
 Quedó extinguido el fuego
 De la lámpara sacra, el incensario
 Dejó de arder, interrumpióse el ruego
 Que allí escuchar al Infinito plugo,
 Y fué arrojado Dios de su santuario.
 Y entró á substituirle Victor Hugo!

Poeta! ¡qué victorial
 Suplantar al Señor, hallar abierta
 Del templo augusto la soberbia entrada,
 Y cercado llegar de aplauso y gloria,
 Mientras por la otra puerta
 La Cruz era arrojada!
 Por última morada
 Tener un monumento esplendoroso;
 Encontrar el reposo
 En la archa nave que llenó el incienso,
 Del genio y de la fé vasto prodigio,
 Y aumentar tu prestigio
 Con este triunfo póstumo é inmenso!

De la honda cripta en la mansión sombría
 ¿No lloras de tu gloria los excesos?
 ¿No se estremecen de terror tus huesos
 Ante una apoteosis tan impla?
 En medio del silencio y el vacío
 Del templo desolado
 ¿No te sientes cercado
 De abandono, de pánico y de frío?
 De la iglesia en el ámbito de piedra,
 Cuando falta del culto el sacro incienso,
 Desfallece el espíritu y se arredra,
 Porque aquella es la casa del Inmenso.
 Mísero el ser humano,

Se pierde en el santuario vasto y grave,
 Cual se pierde la nave
 En la inmensa extensión del Oceano;
 En su seno profundo
 Se siente que morar puede tan sólo,
 El que es alma del mundo
 Y le llena de un polo al otro polo.

Hugo, tú amaste á Dios!

Tu grande alma
 Que siempre le rindió pleito homenaje,
 Lloras sin duda atónita y sin calma
 Horrorizada del inmenso ultraje.
 Desatentado y enemigo empeño
 A póstuma picota te sujeta:
 Eres grande ¡oh poeta!
 Mas delante de Dios eres pequeño.
 Sol para nuestros ojos, eres sombra
 Ante el Ser á quien todo adora y nombra;
 Como la mole inmensa de granito
 Que elevó el Faraón y al mundo asombra,
 Se pierde casi sobre el haz del suelo,
 Bajo el campo infinito
 Del insondable y majestuoso cielo.

EL MES DE MARIA

A mi madre la Sra. Doña María Rojas
de López-Portillo.

Era una tarde del hermoso mayo:
El valle ameno á su apacible rayo
Mas bello parecía,
Que el esplendor del moribundo día,
Con sus toques de luz y de misterio
Engrandece y sublima el hemisferio.
Contemplábase yo desde la cumbre
Del venerado Tepeyac, no lejos
Del templo de María milagroso,
En tanto que del sol la tibia lumbre
Derramaba sus últimos reflejos,
Y se apagaba en funeral grandioso.

ARMONIAS FUGITIVAS

En el Oriente los contornos vagos
De las montañas se borraban lentos,
Y á mis plantas los lagos
Se rizaban al soplo de los vientos.
Los ahuehuetes de cabeza cana
Su cabellera triste sacudían,
Y de distantes puntos acudían,
En la extensión lejana.
Las aves á su copa en grata fiesta
Formando alegre y estruendosa orquesta.
Como inmensa mujer sobre la altura,
Inmóvil y tendida,
Del Ixtacfhual la montaña erguida
Mirábase radiante de blancura.
Y á su lado, velando cual amante
Atormentado por eternos celos,
El Popocatepetl, mudo gigante,
Alzaba su cerviz hasta los cielos.

Súbito, dulce acento
En las ondas balsámicas del viento
Llegó vibrando á acariciar mi oído.
Era la voz del órgano sagrado
Unida á coro plácido y sentido;
Era un himno impregnado
De piedad y de amor, que el santo templo
Enviaba hacia arriba
De su seno imponente de granito;

Voz de la fé, que con sublime ejemplo,
Siempre despierta y viva,
Ruega al Señor por el mortal proscrito;
Armonía sencilla y misteriosa
Que incita al pensamiento á alzar el vuelo
A la región sin límite y radiosa
Donde giran los astros, á ese cielo
Asiento de constantes maravillas,
A donde sube, tras la prueba dura,
El alma humilde, soñadora y pura
De todos los que viven de rodillas.

Al oír el reclamo repentino,
Dejé el monte y su plácido escenario,
Y entrando por la puerta del santuario,
En su recinto me postré de hinojos.
Mi pecho enternecido
Lleno estaba de ruegos y oraciones;
Era del corazón cada latido
Una muda plegaria, mas Dios sabe
Dar sentido á las puras emociones
Del alma arrodillada y fervorosa.

Del órgano el acento dulce y grave

Cual tono suplicante,
Sacóme al fin de mi absorción piado a,
Y al fulgor de la tarde vacilante,
En la penumbra mística y sagrada,
Ví ante el altar postrada
Muchedumbre de niñas inocentes.
Blanco velo y corona de azahares
Ostentaban en torno
De sus cándidas frentes
No anubladas aún por los pesares;
Alba veste el contorno
De su gracioso cuerpo sujetaba,
Y suelta al aire la dorada onda,
Su cabellera blonda
Sobre su espalda inquieta se agitaba.
De tiempo en tiempo alzábanse llevando
Llenas las manos de preciosas flores,
Y sobre el ara de la Virgen pura,
Que las miraba con semblante blando,
Ofrenda de sus célicos amores,
Las colocaban llenas de ternura.
El altar se ostentaba engalanado
Con esas bellas flores, las más bellas
Y olorosas que el valle renombrado
Produce bajo un cielo sonriente;
Acaso tan hermosas como aquellas
Que en la TILMA de Juan en fausto día,
Viéronse al par que la impresión patente
De la imágen divina de María.

La infantil muchedumbre alzaba en tanto
Del órgano á compás, sentido canto
Que lleno de emoción así decía:

CORO.

Estas flores, Virgen pura,
De nuestro amor son la prenda,
Y son perfumada ofrenda
Que te eleva la natura.

UNA VOZ.

Lucen las verdes praderas
Como alfombra de colores,
Y las auras lisonjeras
Vuelan cargadas de olores.

Mar de esplendor es el cielo
Sin vapores y sin nubes,
Donde se adivina el vuelo
De arcángeles y querubes.

¡Gloria á tí! Madre bendita,
Tuyo es del orbe el encanto,
Y cuanto brilla y palpita
Eleva hasta tí su canto.

¡Gloria á tí, luz y alegría
De cuanto el espacio encierra!

Eres la Reina ¡oh María!
De los cielos y la tierra.

A su cantar sonoro
Como el aura que sopla en los pensiles,
Otras voces canoras é infantiles
Contestaban triunfales desde el coro.
Y esos cantos fervientes
Asemejaban en su puro anhelo,
Coloquio de las niñas inocentes
Con invisibles ángeles del cielo.

Mi corazón abierto á la ternura,
Por sagrada emoción latía opreso,
Y embargado por místico embeleso,
Iba rompiendo en himnos á la altura.
Y murmuraba ¡oh Virgen de pureza!
Yo te adoro también; ¡seas bendita!
Por tí mi pecho con amor palpita,
Tu sólo nombre ahuyenta mi tristeza.
Como todos los hombres, sufro y lloro,
Mas si á tus plantas oro,
Mi pecho se abre á plácida esperanza,
Porque tu dulce y cándida belleza

Me inspira tierna y filial confianza.
Solo estoy con mi angustia. Ningún pecho
Gime cuando yo gimo,
Soy hiedra solitaria sin arrimo
Abandonada al huracán deshecho.
¡Oh virgen celestial, piadosa envía
Tu luz de iris á mi oscuro cielo,
Y bajará á mi espíritu el consuelo,
Estrella de los mares, Madre mía!

Después de haber orado
Ante aquel espectáculo tan tierno,
Me sentí confortado,
Como si la sonrisa del Eterno
Hubiera al fondo de mi ser bajado;
Y grabado por siempre en mi memoria
Quedó aquel cuadro cual visión de gloria.

¡Oh! mes de los perfumes y las flores
De vida exuberante y luz intensa,
En que se viste la creación inmensa
Con traje de esplendores;
En que cstenta la altura
Su zafiro más puro y más profundo,

Y se convierte la extensión del mundo
En altar donde oficia la natura:
Al sentir que resbalas
Por mi frente febril las tibias alas,
Recibe la emoción mi pecho yerto,
Con la inefable é íntima alegría
Con que agitar su seno sentiría
La madre al niño que llorara muerto.

EL DOLOR

Tus soplos perfumados
Mecieron al nacer mi cuna leve;
Ojalá trascurrido el plazo breve
De mis días contados,
Llegue el final de la existencia mía
En medio de tus vivos esplendores,
Y en tu seno balsámico de flores
¡Oh mayo, mes hermoso de María!

EL DOLOR

Os hominí sublime deditit ore:
(Junque tueri
Jussit et erectos ad sidera tollere
(vultus
OVIDIO.

No me habléis de alegría!
No quiero oír la necia carcajada
Del hombre venturoso. El alma mía
Aparta, soñadora, la mirada
De la faz miserable de este suelo
De sombra y de mentira,
Y en su incansable y ardoroso anhelo
Por otras glorias con afán suspira.
No es el placer del mundo su delirio,
No es esa su misión; lo grande quiere
Y á lo pequeño del gozar, prefiere

162

ARMONIAS FUGITIVAS

La sublime grandeza del martirio.
Pasa las horas negras é intranquilas
De esta vida sin galas,
Con sed de claridad en las pupilas
Y ansia de vuelo en las virgíneas alas.
Siente en sí germinar el fuego intenso
Del inmortal destino:
Hija del infinito, su camino
Lo vé trazado en el azul inmenso.

Cual las rudas montañas
Ornadas de verdor, tintas y frondas,
Llevan en las entrañas
Trómbas de fuego, tempestades hondas,
Así es el hombre á quien la dicha alumbró:
Bajo el barniz de su placer de un día,
Del alma en la penumbra
Lleva ocultos el llanto y la agonía.
Por implacable pesadumbre herido,
En su mejor momento
Necesita olvidar, que no hay contento
En la existencia, cuando no hay olvido.
En esta vida que el dolor acosa,
Lúgubre es la alegría
Cual canción en las sombras, como orgía
En necrópolis negra y silenciosa.
A despecho del fausto y los renombres,
Somos hermanos de dolor los hombres!

163

Todo pecho un dolor lleva consigo.
Bajo el manto real de los felices,
Dibújanse espantosas cicatrices,
Como á través del manto del mendigo.

Polycrates, asombro de la Jonia,
Y Creso muestran que la dicha es sueño;
Alexandro en Persépoli es pequeño,
Y es pequeño también en Babilonia.

Débeles mi alma herida
A los rudos abrojos
Que me han ungido con cruel bautismo,
Los épicos momentos de mi vida
En que, creciendo ante mis propios ojos,
He sentido el aprecio de mí mismo.
¡Qué de veces la ola cenagosa
Del mundo amenazó romper mi quilla,
Y del rayo á la lumbre pavorosa,
El cielo apareció, miré la orilla
Próxima y sonriente,
Y dominé la tempestad rugiente!
Oh! llanto redentor! ¡qué grandes cosas
Pensar me has hecho en trágicos momentos!

¡Qué esferas luminosas
Me has hecho vislumbrar! ¡qué sentimientos
Nacer has hecho en mi alma apesurada!
¡A qué cima sagrada,
Que al espíritu al par llama y aterra,
Me has conducido en éxtasis doliente,
Más allá de las cimas de la tierra!
Al ver la misteriosa lontananza
Y al bajar de esas cumbres me he sentido
Señalado en la frente, y circuido
Por el nimbo de luz de la esperanza.
¡Alzaos al cenit, arcos triunfantes,
Llenad el aire, palmas victoriosas,
Y del cielo á las zonas anchurosas,
Subid, gloriosos himnos inmortales!
Resuene en todas partes el hosanna
Del augusto dolor, y oiga su historia
De hinojos la pásmada muchedumbre;
Porque si alguna vez la raza humana
Se alzó del polvo y se elevó á la gloria,
Siempre de algún Calvario fué en la cumbre.
Es el dolor la puerta misteriosa
Que en los confines trágica descuella
Del mundo de la noche tenebrosa
Y el reino de la luz. El que no huella
El dintel de ese pórtico sagrado,
El que no es bautizado
Por llanto redentor, en los abrojos
Del mundo deja su infinito anhelo
Cual la oveja el vellón, y al claro cielo
Volver no puede los nublados ojos.

La historia es el inmenso monumento
 Por las generaciones levantado
 Al sacrificio heroico. Apresurado
 Corre el tiempo, y empero, el sufrimiento
 Del héroe redentor, nunca lo olvida
 La agradecida humanidad. El hombre
 Que redime y enseña, deja un nombre.
 Inmortal en el libro de la vida.
 El dolor es el místico secreto
 Que encuentra el alma en el sufrir heroico
 De aquel esclavo estoico
 Que el mundo admira, y se llamó Epicteto.
 Inmensa gloria Sócrates disfruta
 Por su moral y por su muerte impía,
 Pues selló su inmortal filosofía
 Con un sello sublime: la cicuta.
 Con sangre de sus venas
 Los mártires regaron las arenas
 De los Circos al dar sus nobles almas;
 Suyas la lucha y la victoria han sido:
 Las que ostentamos hoy, gloriosas palmas,
 Sobre sus tumbas santas han crecido.

¿Y yo insensato, de apartar habría
 Mi pecho al golpe del cruel tormento,
 Engañando el afán del alma mía
 Con vanas sombras que disipa el viento?
 Oh! nunca: nó mil veces!

Que su afán de ventura
 No sacia el alma en las amargas heces
 Que brinda el existir en copa impura
 Ven y descarga en mí tu golpe fuerte
 Oh! dolor redentor de la miseria!
 Ceba tu rabia, agota la materia,
 Oh! precursor terrible de la muerte!
 Ciñe mi sien de espinas, iracundo,
 Echa la cruz en mi encorvada espalda,
 Y yo, de mi Calvario por la falda,
 Subiré resignado y muribundo.
 Eres la sola puerta de la altura
 Por do se pasa de la noche al día;
 Quiero pisar tus quicios de amargura
 Henchido de esperanza y de agonía.
 No permitas que, errando mi camino,
 A la ilusión sucumba,
 Haz que cruce los mares de la tumba
 Buscando en otras playas mi destino.

LAS CAMPANAS

A Manuel M. González

Campanas de timbre santo
Del lugar donde nací,
A un tiempo sois para mí
Música, emoción y encanto.

Vuestras alegrés orquestas
En himno sacro rompiendo,
De la patria, con estruendo,
Celebran glorias y fiestas.

La voz de nuestras victorias
En vuestro clamor resuena;

ARMONIAS FUGITIVAS

Vuestro acento el aire llena
Con ecos de nuestras glorias.

De músicas al clamor
Gritais lanzadas á vuelo,
Mientras cruza por el cielo
El cohete volador.

¿Quién oye sin emoción
Ni varonil alegría,
La estrepitosa armonía
Que formais con el cañón?

No hay campanas vibradoras
Que como vosotras suenen,
Ni el aire dé notas llenen
Como las vuestras, sonoras.

En la bóveda escondidas
Del azulado hemisferio,
Parecéis entre el misterio
Por los ángeles tañidas.

Al compás de vuestro son
De casto júbilo lleno,
Cual vosotras, en mi seno
Voltea mi corazón.

Lleva por do quier mi oído,
Venciendo tiempo y ausencia,
Ecos de vuestra cadencia
Más potentes que el olvido.

Vigias de la piedad,
Desde las torres enhiestas
Celebrais las sacras fiestas
Y calmais la tempestad.

Rompéis en alegre salva
Al ver la luz, y á la vida
Tornáis la ciudad dormida
Clamando: "¡alzaos, es el alba!"

Quando del Oriente el gonçe
Cede ante el astro de oro,
Rompeis en alegre coro,
Místicas aves de bronce.

¡Cuántas veces al claror
Del alba en el firmamento,
Me despertó vuestro acento
A la ilusión y al amor!

Vuestra voz, como un reclamo,
Me gritaba placentera:
"¡Osa, no temas, espera!"
Mientras yo pensaba: "¡amo!"

Es vuestra cadencia pura
De la vida en los dolores,
Cual canto de ruiseñores
En noche triste y obscura.

Al oíros, en la sombra
Parece que alguien me llama,

Otra vez mi pecho ama
Y dulces objetos nombra.

Así el corazón se alegra
Y la ilusión reflorece,
Así la vida parece
Menos breve, y menos negra.

Prodigad vuestros sonidos
¡Oh campanas que yo adoro!
Que vuestro acento sonoro
Vibre siempre en mis oídos.

Campanas de timbre santo
Del lugar donde nací,
A un tiempo sois para mí
Música, emoción y encanto.

EL POETA Y LA MUJER

EL POETA.

Hermosa, en tu mirada
Arde la luz del sol y centellea,
Bajo tu tez por la pasión quemada,
Fuego ardiente serpea.
Tus mejillas son rosas, y tu cuello
Es mórbido y luciente,
Y ancha y tersa es tu frente,
Y cual ébano negro tu cabello.
Es tu boca pequeña
Y cuando la entreabre una sonrisa,
El alma absorta en su delirio sueña
Mundos de amor que extática divisa.
Amame! Necesito que me adores,

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS

La vida sin amor es negro duelo;
Sin él no brotan en la tierra flores
Ni resplandecen astros en el cielo.
Amame! En mí despierta tu belleza
Afán desconocido;
Busco en tu amor no sé qué bien perdido,
Ne sé qué gloria de ideal grandeza.
Mi corazón te adora,
Dáme ¡oh virgen hermosa! tus amores;
Coronen mi cabeza soñadora
Tus manos hermosísimas, de flores.
Centuplica mi vida, mi alma exalta,
Pon ardor en mis venas,
Dáme la inspiración que me hace falta
Y romperé del tiempo las cadenas.
Abrásame con lánguida mirada
Al mágico sonido de tu acento;
Háblame de tu amor ruborizada
Confundiendo tu aliento con mi aliento!
Yo pulsaré las cuerdas de mi lira
Y entonaré magníficas canciones,
Porque la tempestad de las pasiones
Pensamientos de genio al alma inspira.

LA MUJER

Te doy amor y vida,
Que ante mí un cielo con tu amor extiendes;
Quiero ser comprendida
Y tú solo ¡oh poeta! me comprendes.
Tus divinos delirios yo los siento,
En tu vuelo te sigo palpitante:

ARMONIAS FUGITIVAS

Tengo el presentimiento
De los cielos que cruza tu alma errante.
Me exaltan tus quiméricos empeños,
Me seduce tu trágico destino;
Soplen sobre mi vida tus ensueños.
Como sobre la flor el torbellino.
Arráncame del suelo
En la altiva ascensión de tu alma inquieta:
Quiero sentir el vértigo del vuelo
Sobre tus alas de ángel ¡oh poeta!

EL POETA

Ven, virgen, junto á mí, ven á mis brazos,
Tu purísimo amor mi numen sea,
Vive en mi corazón, hierve en mi idea,
Amor nos una con eternos lazos.
Eres mi inspiración. Si refulgente
Lauro ccnquistó en el revuelto mundo,
Arrodillado y con amor profundo,
Mi corona pondré sobre tu frente.
Arrancaré por siempre tu memoria
Al olvido del hombre,
Y haré caer sobre tu dulce nombre,
Luz á raudales, y á torrentes gloria.
Tu fama pasará de gente en gente
En el son de mi cítara sonora;
Y haré vivir tu nombre eternamente
¡Oh Bēatriz! ¡oh Laura! ¡oh Leonora!

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS

La vida sin amor es negro duelo;
Sin él no brotan en la tierra flores
Ni resplandecen astros en el cielo.
Amame! En mí despierta tu belleza
Afán desconocido;
Busco en tu amor no sé qué bien perdido,
Ne sé qué gloria de ideal grandeza.
Mi corazón te adora,
Dáme ¡oh virgen hermosa! tus amores;
Coronen mi cabeza soñadora
Tus manos hermosísimas, de flores.
Centuplica mi vida, mi alma exalta,
Pon ardor en mis venas,
Dáme la inspiración que me hace falta
Y romperé del tiempo las cadenas.
Abrásame con lánguida mirada
Al mágico sonido de tu acento;
Háblame de tu amor ruborizada
Confundiendo tu aliento con mi aliento!
Yo pulsaré las cuerdas de mi lira
Y entonaré magníficas canciones,
Porque la tempestad de las pasiones
Pensamientos de genio al alma inspira.

LA MUJER

Te doy amor y vida,
Que ante mí un cielo con tu amor extiendes;
Quiero ser comprendida
Y tú solo ¡oh poeta! me comprendes.
Tus divinos delirios yo los siento,
En tu vuelo te sigo palpitante:

Tengo el presentimiento
De los cielos que cruza tu alma errante.
Me exaltan tus quiméricos empeños,
Me seduce tu trágico destino;
Soplen sobre mi vida tus ensueños
Como sobre la flor el torbellino.
Arráncame del suelo
En la altiva ascensión de tu alma inquieta:
Quiero sentir el vértigo del vuelo
Sobre tus alas de ángel ¡oh poeta!

EL POETA

Ven, virgen, junto á mí, ven á mis brazos,
Tu purísimo amor mi numen sea,
Vive en mi corazón, hierve en mi idea,
Amor nos una con eternos lazos.
Eres mi inspiración. Si refulgente
Lauro conquisto en el revuelto mundo,
Arrodillado y con amor profundo,
Mi corona pondré sobre tu frente.
Arrancaré por siempre tu memoria
Al olvido del hombre,
Y hará caer sobre tu dulce nombre,
Luz á raudales, y á torrentes gloria.
Tu fama pasará de gente en gente
En el son de mi cítara sonora;
Y hará vivir tu nombre eternamente
¡Oh Bèatriz! ¡oh Laura! ¡oh Leonora!

ETERNA AUSENCIA

“Adios!—me dijiste con voz dolorida—
La nave me espera, forzoso es partir!”
Te echaste en mis brazos de duelo transida,
Y dulces promesas te oí balbutir.

La nave gallarda, mecida en las ondas,
Lanzaba rugidos de hirviente vapor:
Oh! Dios, que los cielos y el piélago sondas,
Tan sólo tú sabes cual fué mi dolor!

Mi mano convulsa tu talle oprimía,
Mis trémulos labios no osaban hablar,
Y al par de tu llanto, mi llanto corría,
Tan turbio y amargo cual la onda del mar.

“Unirnos acaso—oh amada, dijiste—
En playas risueñas querrá el porvenir;”
Empero al decirlo tu voz era triste,
Cual llanto de cisne, que canta al morir.

Partiste cual ángel que tiende su vuelo,
Y ya de otras playas volabas en pos,
Cuando aun, á lo lejos, tu blanco pañuelo,
Flotando en la popa; me daba un adiós.

Cual bulle á distancia y ocúltase el ave
Que habita los mares, en brumas de tul,
Así en lontananza del mar ví tu nave
Bogar y esconderse, perdida en lo azul.

No he vuelto á mirarte. La ausencia inclemente
Corrió entre nosotros su negro crespón,
Y aun llevo tu imagen grabada en la mente,
Y el labio te nombra con llanto y pasión.

Después de los años te miro más pura,
La ausencia embellece tu faz virginal,
Parécesme casta y soñada figura,
Deshecha en un cielo de luz ideal.

¿Dó te hallas ¡oh musa de castos anhelos!
Dó estás, de mis ansias dulcísimo imán?
Perdida en los lindes del mar y los cielos,
Ni escuchas mis voces, ni premias mi afán.

Y aun más que presente, en la sombra escondida,
Te adoro, aunque llanto nos cueste á los dos,
Que así es la ventura soñada en la vida,
Distante como astro, velada cual Dios!

A LA NOCHE

Noche de sombra formada
Y cercada de silencio,
¡Cuán tristes son tus dominios,
Cuán desolado tu imperio!
Parece entre las tinieblas
De tu densísimo velo,
Negra mortaja la altura
Y la tierra un mundo muerto.
Tus ejércitos de sombras
Los espacios invadieron
Y lanzaron de su trono
Al astro rey de los cielos,
Y apagaron los colores
De los vergeles risueños,
Y extinguieron los cambiantes
De los arroyos parleros,

Y en silenciosos tornaron
De la floresta los céfiros,
Y tumba negra y callada
Hicieron del universo.

Oh! noche de manto obscuro!
En tus entrañas de ébano,
Todo fuera desolado,
Todo pavor, todo duelo,
Si en medio de tus tinieblas,
Arca de diamantes regios,
No titilaran medrosos
Tus purísimos luceros.
Parecen rastros del día,
Semejan rotos fragmentos,
Que el sol dejó en el espacio,
De sus saetas de fuego.
Y la pupila que adora
La luz con ardiente anhelo,
Calma su horror contemplando
De su luz el parpadeo;
Polvo espléndido y sublime
Que de la sombra en el seno,
Saber permite á los ojos
En donde se hallan los cielos!

Así es la existencia mía:
Sombra densa, voz sin eco,
Abismo de desengaños,
Tumba de santos anhelos.
Mi corazón, antes nido
De pájaros vocingleros,
Cual urna de helado mármol
De cenizas está lleno.
La hueste de los dolores
En el campo de mi pecho
Entró sin piedad llevando
Mis dichas á sangre y fuego.
Cayó la ilusión del solio
Que le alzaba el pensamiento,
Y en mi derredor el mundo
Quedó obscuro y en silencio.

Mas de la pena en el fondo
Que oculta en el alma llevo,
Regocijadas memorias
Lanzan hermosos reflejos;
Rastros lumbrosos de dichas
Que en el abismo cayeron,
Fragmentos desconocidos
De soles rotos y muertos.
